

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXVII

Enero-Febrero de 1950

Núms. 295-296

Puntos de vista

Reflexiones del medio siglo (1)

CREO que este balance de medio siglo, que han puesto de moda en diarios y revistas, es más una fecha, un límite temporal que un hecho literario de verdadera importancia.

Pertenece, por esto mismo, más a los periodistas que a los críticos y a los historiadores de nuestra literatura.

¿Qué significan estos cincuenta años en la poesía, en la novela, en el teatro, en la crítica y en la historia que pertenece a la literatura por la forma, pero que cada día se acerca más a las disciplinas científicas?

No debemos omitir, sin embargo, el nombre de Francisco A. Encina y de su «Historia de Chile», porque en el historiador chileno se unen armoniosamente el hombre de ciencia, el sociólogo y el estilista.

Es la poesía, sin lugar a dudas, la que tiene una mayor realidad creadora en este medio siglo. Es un tardío madurar lírico del prosaísmo poético del Chile del siglo XIX.

(1) Atenea acoge estas interesantes reflexiones del medio siglo en su columna de honor. Es posible que se pueda discrepar en algunos de sus puntos de vista. Pero el autor, hombre de larga visión estética, lanza su arpón con ánimo de remover aguas profundas y hacer más luz en los problemas de la creación literaria de Chile. Fijar circunstancias y ubicar la raíz más vital de lo humano transmutado en arte, es siempre tarea útil e interesante. Así lo hemos estimado al situar estas páginas de apreciación estética en nuestros puntos de vista.—N. DE LA D.

Una cómoda antítesis nos empuja al lado opuesto: ¿cuál es el género de menos originalidad y casi sin ninguna comprensión del alma de Chile y de su expresión literaria?

La crítica y el teatro ocupan el otro extremo, la zona débil de nuestra evolución estética.

La novela y el cuento, en cambio, se acercan cada vez más con nuevos métodos narrativos a la interpretación total de la vida chilena.

A pesar de Darío (vagabundó tres años inútilmente entre Valparaíso y Santiago) la poesía chilena de esos tiempos era tradicionalista, con algunos atisbos parnasianos en Julio Vicuña, Francisco Contreras y Diego Dublé Urrutia.

Sólo en la época de Pezoa Véliz y luego en la de Mondaca, Jara y Manuel Magallanes se agilizó el verso y la imagen fué un estado de alma y no un artificio retórico.

De estos poetas deriva, más que de los místicos, Gabriela Mistral.

Es la Mistral la exasperación del lirismo elegíaco de Mondaca y de Jara, pero ella le dió un acento nuevo, un misticismo primitivo, desgarrado, hijo de la quebrada de Elqui como un sarmiento de sus viñas.

Pablo Neruda es la más alta expresión lírica de este medio siglo. No sólo de Chile y de América, sino de España.

Si Neruda no es un genio se acerca al genio por una suprema cualidad: la magia. Y también como un toque mágico, la simplicidad del procedimiento: el trueque de lo real por lo ideal, de lo concreto por lo abstracto o al contrario, pero realizado con los más insólitos giros verbales, con las más arbitrarias asociaciones entre la materia y el espíritu. Algo no visto en la literatura española desde Góngora.

Los poetas posteriores a Neruda, si exceptuamos el original panteísmo de Juvencio Valle, no hacen sino repetir a los poetas nombrados o atomizar los motivos líricos de Neruda.

En la novela, el genio de Blest Gana penetra hasta muy adentrado el siglo. No hay que olvidar que «El Loco Estero», quizá su mejor novela, es sólo de 1912.

Luis Orrego Luco y Joaquín Edwards son sus discípulos.

Con menos fuerza creadora Orrego Luco que el maestro, intenta un cuadro cíclico de la vida santiaguina de fines del siglo XIX y de principios del XX. Su culminación es «Casa grande». Buena novela; factura deficiente.

En «Criollos en París» Edwards Bello no hace sino historiar a los trasplantados, posteriores a la época de Blest Gana.

Es una agradable crónica de la vida de los sudamericanos en París, pero ni por el genio novelesco ni por la reciedumbre de los caracteres supera a Blest Gana.

Augusto G. Thompson (Augusto d'Halmar) naturalista en sus primeros ensayos, se orienta hacia la prosa poética, a la creación de símbolos que van a producir, además de «Nirvana» y «La sombra del humo en el espejo», el «Alsino» de Pedro Prado y «El hermano asno» de Eduardo Barrios.

La novela, la de Barrios y la de Edwards Bello, había sido exclusivamente urbana.

Con *Januario Espinoza* aparece la aldea, en el idílico conflicto de «Cecilia».

Quizá esta iniciativa de Espinoza sea su único aporte valioso, además de «Pillán», a la evolución de nuestra novela.

Sin embargo, casi no existían la novela ni el cuento de la vida rural de Chile, con ser los campesinos la parte más considerable de nuestra población.

A Federico Gana se le deben las primeras narraciones auténticas de nuestra vida campesina.

Fernando Santiván y Mariano Latorre avanzaron algo más, al incorporar el paisaje en el relato y fijar el drama en la vida misma del inquilino y de sus allegados.

Luis Durand y Marta Brunet continuaron esta interpretación

de la vida rural, de hombres y paisajes, variando el medio y utilizando sobre todo nuevos procedimientos en el arte de narrar.

Durand, y es quizás una de sus cualidades sobresalientes, recibió de niño el mensaje de la frontera y lo narró más tarde, sin complicaciones estilísticas ni alardes de sociólogo.

El móvil estético de Marta Brunet es casi su antítesis. Dueña de un estilo repujado, algo artificioso, dió más importancia a la forma que a la realidad del medio que intentó describir y que sólo conoció superficialmente.

Y empieza, de pronto, una crisis de la novela urbana que culminó con «Un perdido» de Barrios y con «Venidos a menos» de Maluenda.

Los novelistas de estos últimos años no tienen mayor preocupación por la pintura del ambiente. Les interesa, ahora, el mundo cósmico y misterioso del subconsciente.

Estados de alma, oscuros instintos, extraños mensajes de la vida interior, complejos sin explicación racional... y ya la novela está terminada, aunque el problema sea indescifrable para los lectores y para el autor.

Por la finura del análisis psicológico y por el vigor estilístico es María Luisa Bombal la más alta expresión de esta modalidad. Indica una inquietud artística, una inquietud europea (Joice, Proust, Lawrence) pero, por desgracia, los novelistas se alejan de Chile, de sus hombres y de sus paisajes, sin que la experiencia de los predecesores se haya aprovechado debidamente.

La misma fragmentación que advertimos en los poetas posteriores a Neruda la advertimos en los novelistas y cuentistas que vinieron después de Edwards y de Barrios, de Latorre y de Durand.

Con una clara preocupación social, pero conectados aún con el medio y el hombre de Chile, Manuel Rojas, Nicomedes Guzmán, Francisco Coloane y Reynaldo Lomboy constituyen la excepción, la persistencia intuitiva en el porvenir de la verdadera novela de Chile.

Al finalizar este medio siglo, en 1948 y 1949, se publican dos

novelas «Gran señor y rajadiablos» y «Frontera» de Durand que señalan un nuevo camino en nuestra novelística.

Atildado y castizo Barrios, espontáneo y popular Durand, representan los dos extremos interpretativos de la actual novela de Chile. El punto de vista de las clases altas y el del pueblo, observados en el drama mismo de sus vidas. Así, «Gran señor y rajadiablos» es la defensa del encomendero, del dueño de la tierra y «Frontera», un canto al esfuerzo del pueblo chileno, a los creadores de un mundo nuevo en que el árbol y el indio son los señores.

La crítica literaria tuvo, en los primeros años de este medio siglo, a un representante ilustre: Pedro N. Cruz.

Sólida cultura, estilo de buena cepa castellana, cierta sorna que a veces se convertía en insulto y una absoluta impermeabilidad a todo lo que significara un avance en el arte y en la vida de la sociedad chilena.

Tan bien dotado como él, pero más ágil e inteligente, Eliodoro Astorquiza pudo ser el crítico más completo de su época, si su muerte prematura no hubiera interrumpido los vastos proyectos de una historia de la literatura chilena, cuyas anotaciones se han perdido.

Y aparece luego, del brazo del Dr. Fernández Peña, que lo descubrió en la capilla del Hospital de San Vicente, un clérigo francés, don Emilio Weisse (Omer Emeth) convertido en Emilio Vaïse, después de la guerra del 14 por odio a los alemanes.

Empezó a escribir don Emilio en «El Mercurio». Extraordinaria cultura filosófica y estética. Erudito, sin alardes de erudición. Livianísimo esprit de raíz gala. Su genial ductilidad lo hizo el creador de un humanismo periodístico, sintetizado en ensayos literarios, políticos o filológicos que se publicaban semanalmente en «El Mercurio».

Por desgracia, los sucesores de Omer Emeth no tienen ni su cultura ni su amplia comprensión, frente a una literatura joven, a veces audaz, casi siempre titubeante.

No basta que sean informados como Latcham, ni ingeniosos como Alone ni tozudamente tradicionalistas como Misael Correa.

Este género crítico-periodístico de raíz criolla, exclusivo de Chile, debe ser eliminado de la prensa cuotidiana para que adquiera seriedad o trascendencia en la revista o en el libro.

El ensayo ha neutralizado, en parte, la improvisación de la crítica semanal.

Eliodoro Astorquiza es el que se ha acercado más, por la hondura del análisis y la flexibilidad de su prosa al ensayo moderno de Europa. Bastaría recordar únicamente su estudio sobre Blest Gana.

Y luego, Domingo Melfi, crítico benévolo y hábil escritor, en cuyo armonioso profetismo vibra una honda simpatía por su tierra de adopción.

Y por último, algunas palabras sobre el teatro de este siglo.

Compañías de zarzuela española, a veces comedias, algunos actores célebres, Tallaví o Guitry o algunas actrices, María Guerrero o Clara della Guardia, constituían los espectáculos teatrales de Santiago y Valparaíso.

El teatro chileno se reducía a representantes circenses del Lucas Gómez, por su propio autor, Martínez Quevedo.

Díaz de la Haza y su compañía, casi una familia escénica, libertan al teatro chileno de la vulgaridad de la zarzuela o del sainete.

Díaz de la Haza estrena a Barrios y a Armando Mook.

Más adelante, Enrique Báguena y Arturo Bührlé recogen esta herencia de chilenidad. Y es un decenio glorioso para el teatro chileno.

Armando Mook, Germán Luco y Acevedo Hernández son las figuras descollantes de este período.